

Dossier

ASOCIACIONISMO AGRARIO Y DICTADURAS EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

PRESENTACIÓN

Miguel Cabo y Juan Pan-Montojo

Este dossier nace de la intención de hacer confluír tres campos de estudio que han mostrado gran dinamismo en la historiografía de las últimas décadas pero que rara vez han sido puestos en relación entre sí, al menos de manera sistemática. El primero de ellos, en la frontera con la ciencia política, es el de la sociedad civil y las bases sociales de la democracia. Una tradición que se remonta hasta el Alexis de Tocqueville de *La democracia en América* se ha visto revitalizada con aportaciones como las de Robert Putnam (1994, 2000) y su énfasis en el capital social como sostén de la democracia o la obra, a nuestro juicio algo maniquea, de Daron Acemoglu y James A. Robinson (2019) y su metáfora del *pasillo estrecho* para referirse al delicado equilibrio que debe mantenerse entre el poder del Estado y el de la sociedad civil para que el predominio excesivo de uno u otra no conduzca a los extremos del caos o el autoritarismo. No podemos aquí presentar un panorama ni siquiera esquemático de un tema tan complejo, pero sí mencionar la idea del nexo reconocido, con sus matices, por estos y otros muchos pensadores entre la vitalidad del asociacionismo voluntario y el de las instituciones democráticas si se quiere que estas últimas vayan más allá de un conjunto de leyes y regulaciones sin contenido real. Otra aportación teórica fundamental en este sentido ha sido la de la sociología histórica y los estudios de la acción colectiva y los movimientos sociales, en la línea de Charles Tilly (2015) o Sidney Tarrow (1997), con su énfasis en que los mecanismos institucionales de canalización de demandas y conflictos resultan insuficientes para el funcionamiento estable de los regímenes políticos sin el paralelo despliegue de movilizaciones concretas y de movimientos sociales de plazos más amplios.

El segundo campo de estudio es el del complejo panorama asociativo que se consolida en la Europa rural desde finales del siglo XIX, con la crisis agraria finisecular como detonante. Obviamente sus raíces eran más profundas, remontándose a formas de asociacionismo enraizadas en las comunidades locales y en otro sentido a las sociedades de agricultura de impronta elitista. El desarrollo del asociacionismo en todas sus variantes (cooperativismo, mutualismo, sociedades de emigrantes, asociaciones culturales, etc.) se convirtió en el instrumento para transformaciones de gran alcance en todos los aspectos, desde la intensificación de los procesos de nacionalización a las mejoras técnicas en la agricultura, pasando por la socialización política de las masas rurales a través de mecanismos como la prensa local o las *escuelas de democracia* que constituían las asambleas de socios. Todo ello mar-

cado por una gran diversidad ideológica, desde organizaciones de clase hasta social-católicas, liberales, nacionalistas y un largo etcétera. El asociacionismo agrario fue regulado de forma específica en buena parte de los países europeos y americanos entre la década de 1880 y los años anteriores a la Gran Guerra. Pese a la heterogeneidad política de los países que acometieron esa regulación y el variable impacto de la misma sobre la potenciación del tejido asociativo, la prensa, los preámbulos y los debates parlamentarios ponen de manifiesto que las clases políticas nacionales habían llegado a la convicción de que la difusión de la sociedad del conocimiento agrario-industrial, la aplicación de fórmulas tecno-científicas para elevar, estandarizar y adecuar a la demanda industrial la producción agraria, exigía la agrupación de los productores agrarios (Auderset y Moser, 2018). Sobre todo, en la medida en que la Gran Depresión había puesto de manifiesto las limitaciones de la gran explotación con mano de obra asalariada para competir con la agricultura familiar (Koning, 1994). Pero el proyecto de subordinación de la agricultura a la lógica de la industria se enfrentó a limitaciones derivadas de la propia naturaleza de actividades que trabajaban con seres vivos con sus ritmo y ciclos reproductivos autónomos y a las aspiraciones e intereses de los campesinos que a menudo demostraron una “subversiva” creatividad, fundada en sus propios imaginarios sociopolíticos, y rehusaron ser meras correas de transmisión de un proyecto construido de arriba abajo.

Los campesinados europeos y americanos se acercaron desde esos imaginarios a las opciones ideológicas existentes e incluso, en algunos países, trataron de construir o respaldaron a quienes trataron de hacerlo, un “ismo” propio por medio de los partidos agrarios. La movilización de campesinos y agricultores en el período de entreguerras nos lleva al tercer pivote de nuestro dossier: el estudio de los regímenes dictatoriales europeos, un yacimiento inagotable que en los últimos años se ha centrado en cuestiones como la de los apoyos sociales a los mismos (a partir del debate sobre la tesis del *consenso* de Renzo de Felice para la Italia mussoliniana), la dinámica establecida entre Estado y sociedad (bajo la sombra del clásico concepto del *totalitarismo*) o el funcionamiento en la práctica de los regímenes (poliarquía, grado de autonomía de los poderes locales), por citar solamente algunos de los relevantes para el tema que nos ocupa. Prolongamos a un ámbito más específico, el del asociacionismo, el tipo de perspectiva aplicada por varios de los autores de este dossier en *Agriculture in the Age of Fascism* (2014). La tesis de que los regímenes fascistas y los regímenes fascistizados, es decir, que cayeron en su órbita y adoptaron algunos de sus grandes elementos, emprendieron un conjunto de políticas que podemos agrupar bajo el concepto de modernización totalitaria, tiene un reflejo particularmente revelador en este ámbito asociativo. Pero no solo los fascismos y los regímenes fascistizados avanzaron en esa línea de modernización de arriba abajo, destruyendo los movimientos autónomos del campesinado. Desde premisas diferentes y con horizontes enfrentados a los del fascismo, la URSS y los otros países comunistas actuaron de forma semejante en relación con los movimientos campesinos.¹

Si tomamos los tres ángulos de visión señalados y los aplicamos a varios estudios de caso podremos abrir vías de análisis inéditas y poner bajo nuevas perspectivas debates que se

¹ No obstante las semejanzas en algunos campos de los regímenes fascistas y comunistas, y pese al atractivo del significado amplio de totalitarismo, intelectualmente armado por la obra de Hannah Arendt en el contexto de la Guerra Fría, no consideramos pertinente calificar de totalitarios los regímenes comunistas. Creemos que subsumir en esa categoría a unos y otros, además de no ajustarse a la historia del propio término (totalitario fue un adjetivo usado por los propios fascistas de forma recurrente para definir su proyecto, mientras que los comunistas nunca lo utilizaron para la caracterización del “socialismo real”), reúne en un mismo espacio conceptual proyectos de naturaleza diferente, por lo que constituye una rémora para una comparación productiva y necesaria. Más de acuerdo estaríamos con reunir a unos y otros, junto con los regímenes democráticos y autoritarios de posguerra, en un lo que Scott (1994) llama “alto modernismo” y que sería más bien una fase de la modernidad que un rasgo de determinados proyectos políticos.

acercan peligrosamente a un punto muerto. El planteamiento de partida en todos los textos es el análisis del grado de continuidad en el asociacionismo rural antes y después de la implantación de diferentes regímenes dictatoriales del período de Entreguerras o la inmediata postguerra. Se incorpora también la disyuntiva entre desarrollo económico y control social, puesto que un énfasis excesivo en el segundo ponía en peligro la vitalidad de las organizaciones y difundía una actitud pasiva entre los asociados. Por último, se abre también una vía de interpretación para caracterizar los respectivos regímenes, pero no desde el punto de vista teórico sino a través de su discurso y sus actuaciones efectivas en un aspecto decisivo como era el del asociacionismo rural.

El dossier comienza con el estudio de Daniel Lanero sobre las *Casas do Povo*, la pieza clave de la actuación del *Estado Novo* portugués en el ámbito rural. En este caso la red asociativa voluntaria previa a la dictadura había sido débil en relación con otros países y las dificultades para la plasmación de los diseños corporativistas vinieron de las limitaciones materiales de la dictadura portuguesa. El resultado fue el control de estas instituciones locales por los grandes propietarios y la desmovilización de su base social, aunque en el campo asistencial se lograron algunos logros que sí lograron despertar el interés de los encuadrados en ellas.

Dimitris Angelis-Dimakis sitúa la dictadura de Metaxas en la perspectiva de la política agraria griega desde la Primera Guerra Mundial. Desde esa óptica, varias de sus características se pueden considerar como la exacerbación de tendencias preexistentes, como el intervencionismo del Estado en el asociacionismo, la afiliación obligatoria o los planteamientos ruralistas, aunque reorientadas en función de la ideología de un régimen inscrito en la oleada dictatorial de la Europa de Entreguerras.

Para el caso español, Lourenzo Fernández Prieto y Juan Pan-Montojo analizan la ofensiva falangista durante los años cuarenta por encuadrar el vigoroso y complejo panorama asociativo previo a 1936. Este proyecto revestía un claro carácter totalitario y por ello avanzó desde el desmantelamiento de las asociaciones preexistentes, incluso de las dirigidas por los “vencedores”, hacia la construcción de un complejo entramado sindical liderado por el partido único. El cambio del curso de la Segunda Guerra Mundial y la derrota final de las potencias fascistas, junto con la renitencia de los medios católicos, de ciertos grupos agroexportadores y agroindustriales y de los técnicos de Agricultura, desfiguraron la organización fascista de la agricultura, pero no impidieron la consolidación de una red sociopolítica “azul” –apoyada en una densa trama institucional– que mantuvo su poder hasta después de aprobada la constitución de 1978.

Dentro de un dossier con vocación comparativa, el estudio de Jordi Planas y Francisco J. Medina Albaladejo ofrece en sí mismo un análisis comparado, en concreto entre la evolución de las cooperativas vinícolas bajo el franquismo y el fascismo. A priori se contaban entre las organizaciones menos politizadas y más enfocadas hacia objetivos puramente profesionales, pero pese a esos rasgos las bodegas cooperativas fueron sometidas a un elevado intervencionismo estatal y puestas al servicio de los objetivos de ambos regímenes en detrimento de los principios que las inspiraban y, en ocasiones, de los propios cooperativistas.

Por último, Miguel Cabo estudia el desmantelamiento de los partidos agrarios en los países que quedaron en la esfera de influencia soviética tras la Segunda Guerra Mundial. Apoyados en sus estrechos vínculos con el asociacionismo rural, estos partidos se convirtieron en el principal obstáculo para la toma de poder por parte de los partidos comunistas. En mucha mayor medida que en los demás casos examinados, en Bulgaria, Rumanía, Hungría o Polonia se destruyó conscientemente el capital acumulado de ideas, prácticas y personal local a lo largo de muchos años para crear un modelo radicalmente nuevo inspirado en la Unión Soviética. Solamente años después, una vez dejada atrás la fase estrictamente estalinista, se recuperó en una pequeña parte cuando se dispuso de cierto margen de autonomía para explorar nuevos modelos de asociacionismo y política agraria.

Este dossier no agota, evidentemente, la cuestión de la destrucción de la sociedad civil rural creada durante el liberalismo final. Faltan más que países concretos, todo un género de sociedades políticas en las que la democracia logró volverse a imponer en 1945, sin que eso supusiera la pervivencia de la pluralidad de proyectos para el mundo rural existentes antes de la Segunda Guerra Mundial. Están asimismo ausentes las sociedades rurales en las que el asociacionismo “desde abajo” no arraigó en la primera mitad del siglo xx. La historia de esta centuria sería, a nuestro juicio, incomprensible, si no logramos recomponer la trayectoria de las comunidades campesinas y de sus formas de integración finalmente subordinada, pero en pocas ocasiones pasiva, en las sociedades modernas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Acemoglu, D. y Robinson, J.A. (2019), *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad*, Ediciones Deusto, Barcelona.
- Auderset, J. y Moser, P. (2018), *Die Agrarfrage in der Industriegesellschaft. Wissenskulturen, Machtverhältnisse und natürliche Ressourcen in der agrarisch-industriellen Wissensgesellschaft (1850-1950)*, Böhlau, Viena/ Colonia/Weimar.
- Fernández Prieto, L., Pan-Montojo, J. y Cabo, M. (2014), *Agriculture in the Age of Fascism*, Brepols, Turnhout.
- Koning, N. (1994), *The Failure of Agrarian Capitalism. Agrarian Politics in the UK, Germany, the Netherlands and the USA, 1846-1919*, Routledge, Londres.
- Putnam, R. (1994), *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton UP, Princeton.
- Putnam, R. (2000), *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Simon & Schuster, Nueva York.
- Scott, J. (1998), *Seeing with the State eyes. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, Yale University Press, New Haven.
- Tarrow, S. (1998), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- Tilly, C. (2015), *Contentious Politics*, Oxford UP, Oxford.